

Sentido y proyección comunitaria del caballero abrahámico en Kierkegaard

Felip Vidal i Auladell

fvidal5@pie.xtec.es

El hombre, tanto en el “estadio ético” como en el “estadio estético”, se ve abocado a la desesperación¹. Además, en ambos casos, se tratará de una vida desperdiciada². No sucede lo mismo, según Kierkegaard, para el hombre instalado en el “estadio religioso”, el caballero de la fe, que aparece encarnado en la figura bíblica de Abraham. Aunque Kierkegaard reconozca no haber podido encontrar “un solo ejemplar de caballero de la fe digno de confianza”³, puede “imaginar sin dificultad cómo puede ser”⁴, de forma que realizará, en *Temor y temblor*, una fina caracterización del mismo.

En las líneas que siguen, y mediante el análisis de los caracteres definatorios del caballero de la fe que, para Kierkegaard, constituye un modelo antropológico, podremos comprobar cómo éste, vida y filosofía resultan inextricables, anudándose los razonamientos con los acontecimientos vitales. Asimismo, pondremos en relación la cuestión anterior con la tarea global que enmarca la obra kierkegaardiana, la búsqueda de sentido individual y epocal, para lo que cabrá abordar lo que se podría convenir en denominar la proyección comunitaria del caballero abrahámico o caballero de la fe.

El primer rasgo característico del caballero abrahámico consiste en su deber incondicionado con Dios y en la suspensión teleológica de lo ético. Abraham representa el ideal de obediencia absoluta a Dios, incluso cuando el mandato divino se contrapone directamente a la moral. Así, Abraham rebasa la esfera de lo ético, que queda relegada a un segundo plano tras la fe, llegando incluso a actuar contra las normas éticas, puesto que “el deber absoluto puede entonces llevar a hacer lo que la ética prohibiría”⁵.

De la suspensión teleológica de lo ético puede hacerse, como con toda la obra de Kierkegaard, una lectura en clave biográfica. Pues bien, sería como si ante el rechazo a Regina Olsen, tratara de justificar sus motivos, presentando, por otro lado, a su prometida, un ideal de hombre. Kierkegaard consideró que Regina no podía acompañarle en la reflexión que lleva hasta el estadio religioso por cuanto ella era incapaz, por el momento, de abandonar el estadio estético en qué vivía. De este modo, no podría haber verdadera unión matrimonial sin una transformación de los cónyuges, que Kierkegaard consideraba imposible en Regina pero que sería necesaria por cuanto en la vida estética no puede haber verdadero matrimonio.

¹ “Toda existencia humana que no tenga conciencia de sí misma en cuanto espíritu, o que no sea personalmente consciente de sí misma en cuanto espíritu ante Dios, toda existencia humana que no se base de un modo transparente en Dios. Toda vida semejante no es más que desesperación” Kierkegaard, S *La enfermedad mortal*, ed. Guadarrama, Madrid, 1969, p.101

² “¡Se ha hablado mucho sobre desperdiciar la propia vida! Sin embargo, no hay nada más que una vida desperdiciada, la del hombre que la vivió toda engañado por los placeres y aflicciones de la vida, la del hombre que jamás llegó a ser consciente de sí mismo en cuanto espíritu, en cuanto y, eterna y decisivamente, o lo que es lo mismo, que jamás llegó a ser consciente y alcanzó a percibir en lo más profundo que Dios existe y que ‘él’ mismo, su propio yo, existía delante de este Dios” Kierkegaard, S *La enfermedad mortal*, ed. cit. p.71

³ Kierkegaard, S. *Temor y temblor*. ed. Tecnos. Madrid. 1995. p.30.

⁴ Kierkegaard, S. *Temor y temblor*. ed. Tecnos. Madrid. 1995. p.30

⁵ Kierkegaard, S. *Temor y temblor*. ed. Tecnos. Madrid. 1995. p.66

Un segundo rasgo definitorio del modelo antropológico representado por el caballero abrahámico consiste en su asertividad vital y en la mundanidad de la fe. Abraham resuelve la cuestión del sentido de la vida mediante un fe no basada en el conocimiento, puesto que “la filosofía no puede ni debe darnos la fe”⁶, sino radicada en la voluntad individual. Ello implica que la fe no trasciende a la razón, sino que le es ajena. Por el contrario, la comprensión de la fe, que al no ser trascendente es esencialmente mundana, tiene lugar mediante un acto de asertividad, de afirmación incondicional.

Los caracteres de asertividad vital y mundanidad de la fe pueden colocarse en relación y en tensión con los caracteres de interioridad-soledad, y con una muy matizada proyección comunitaria del caballero abrahámico.

El caballero de la fe se encuentra completamente solo⁷, ya que “quien echa adelante por el estrecho sendero de la fe, no podrá encontrar a nadie que pueda darle una mano, que pueda el hombre comprenderle”⁸. Pero es en esta soledad terrible donde el hombre puede “por medio de la fe asemejarse a Abraham”⁹ y acceder a la fe.

Así, se tratará de “instalarse en la fe que, siendo irrebasable, constituye la más alta pasión del hombre”¹⁰. La soledad de Abraham y, por tanto, del caballero abrahámico, es absoluta: “no puede hablar porque nada de lo que pudiera decir sería entendido”¹¹. El hombre encuentra el sentido de su existencia mediante la fe en Dios. Éste está detrás del absurdo y el hombre, por medio de la fe y en virtud del absurdo, lo consigue todo. Mediante la paradoja de la existencia, la vida del hombre adquiere sentido, se instala en el absurdo para darle la vuelta, adquiriendo la fe y encontrando un sentido a su existencia.

Dadas las características constitutivas de esta fe, la búsqueda y la posterior dación de sentido tiene lugar en la interioridad-soledad. Sin embargo, la dación de sentido que persigue Kierkegaard es no solo individual, sino también epocal. Pues bien, una época con sentido sería aquella en la que la comunidad estuviera formada por caballeros abrahámicos. La dación de sentido sería individual, puesto que tiene lugar en la interioridad, pero deviene epocal mediante la posterior inserción del caballero abrahámico en la comunidad. Éste no es ningún anacoreta, no se trata de un modo antropológico reservado a los místicos, sino que el caballero abrahámico “se divierte con todo, participa en todo, y cada vez que se le ve intervenir en lo particular lo hace con esa tenacidad que es más bien típica del hombre mundano cuyo espíritu está apegado a semejantes cosas circmundanas”¹². El caballero abrahámico constituye, además del paradigma del hombre en el estadio religioso, un modelo no solo individual, sino inserto en la comunidad. Halla un sentido para su vida y tiene una proyección comunitaria.

Estos últimos caracteres del caballero abrahámico vienen a corroborar cómo la vida y la filosofía de Kierkegaard resultan inextricables hasta el punto de que su vida configuró su filosofía en el sentido de que delineó el marco por el que transitó su pensamiento y el modo como se anudaron los razonamientos con los acontecimientos vitales. Así, la fe es considerada por Kierkegaard como algo absurdo mediante lo que se adquiere lo imposible. Al contrario de Unamuno, para quien “toda posición de acuerdo o armonía persistentes

⁶ Kierkegaard, S. *Temor y temblor*. ed. Tecnos. Madrid. 1995. p.26

⁷ “sólo puede recurrir a sí mismo”. Kierkegaard, S. *Temor y temblor*. ed. Tecnos. Madrid. 1995.p.67

⁸ Kierkegaard, S. *Temor y temblor*. ed. Tecnos. Madrid. 1995. p.56

⁹ Kierkegaard, S. *Temor y temblor*. ed. Tecnos. Madrid. 1995. p.23

¹⁰ Kierkegaard, S. *Temor y temblor*. ed. Tecnos. Madrid. 1995. p.104

¹¹ Kierkegaard, S. *Temor y temblor*. ed. Tecnos. Madrid. 1995. p.96

¹² Kierkegaard, S. *Temor y temblor*. ed. Tecnos. Madrid. 1995. p.31

entre la razón y la vida, entre la filosofía y la religión, se hace imposible”¹³, puesto que “la tragedia es perpetua lucha sin victoria ni esperanza de ella, es contradicción”¹⁴. En Kierkegaard, por el contrario, la elección, que es consecuencia de la libertad, no genera angustia, sino que consiste en un afirmación generadora de sentido, de modo que la asertividad vital antes mencionada funda la elección y adquiere un tono marcadamente constructivo y resolutivo.

Este tono constructivo y resolutivo de la elección, que se funda en el carácter asertivo del caballero abrahámico, remite a un existencialismo que halla el sentido en la interioridad / soledad, puesto que por medio de ella accede el hombre a la fe y se asemeja a Abraham. Y es desde esta interioridad y desde esta soledad donde el hombre obtiene un sentido y un ideal antropológico. Es también el lugar donde se sitúa contra lo racional (lo que señalaría seguramente una tensión no resuelta entre como las cosas son y como deberían ser). Pero la búsqueda de sentido no es solo individual, sino también epocal. Kierkegaard se enfrentó al absurdo desde su soledad y desde una individualidad que, en último término, se proyecta y participa de algún modo en la comunidad con la pretensión de hallar un sentido epocal.

¹³ Unamuno, M. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. Espasa-Calpe. Madrid. 1993. p.177.

¹⁴ Unamuno, M. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. Espasa-Calpe. madrid. 1993. p. 172.